

LA CONVERSION DE LA SAMARITANA.

HOMILIA

SOBRE EL CAPÍTULO IV DEL EVANGELIO DE S. JUAN,

PREDICADA

EN LOS EJERCICIOS DE OPOSICION Á LA CANONGIA
PENITENCIARIA DE CIUDAD-REAL

(OCTUBRE DE 1877)

POR

EL DR. D. JUAN N. MONTES DE OCA,

EXAMINADOR SINODAL DEL OBISPADO DE CANARIAS,
CABALLERO DE LA REAL, PONTIFICIA Y MILITAR
ÓRDEN DEL SANTO SEPULCRO, ETC.

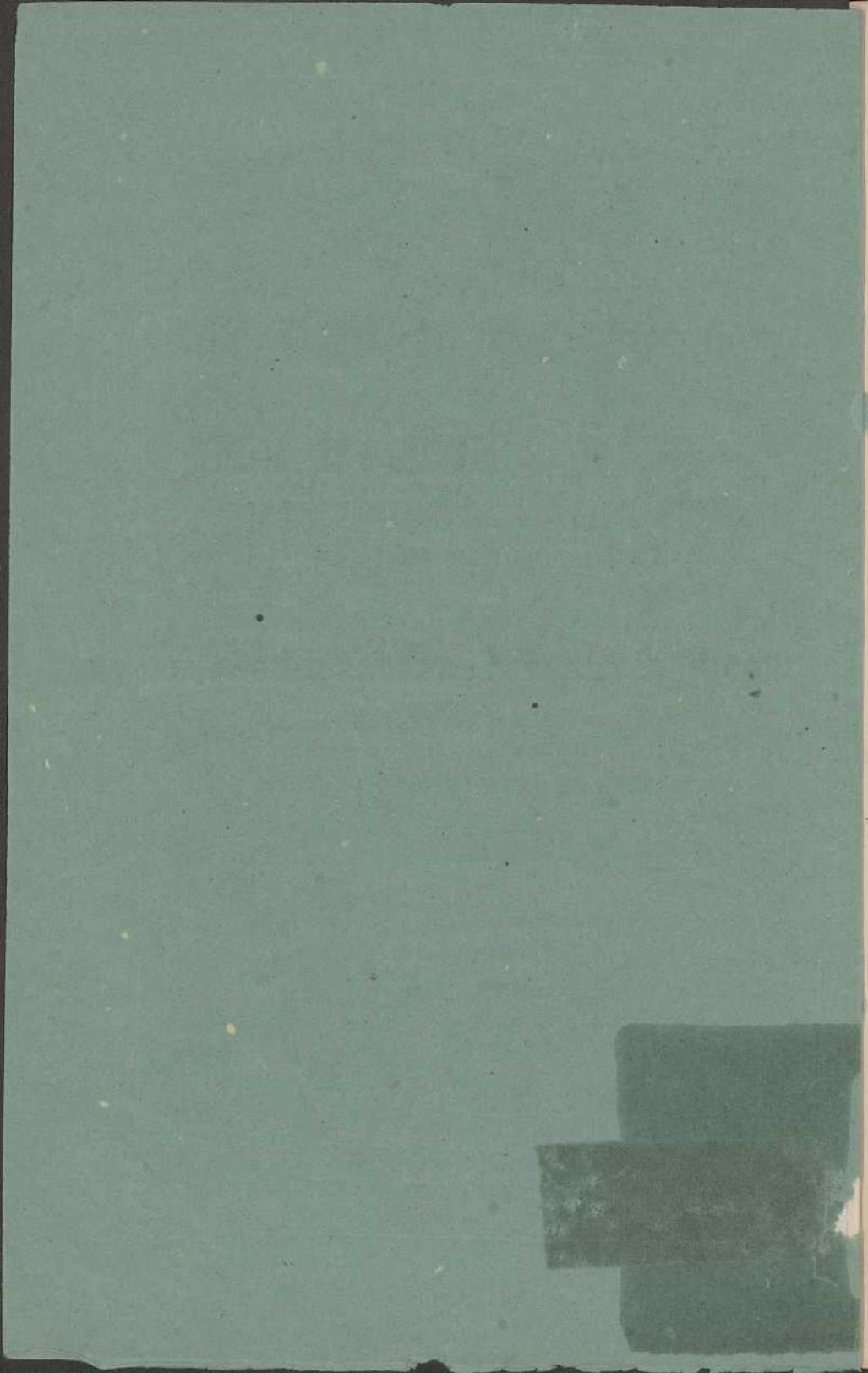
Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.

MADRID:—1878.

IMPRENTA DE POLICARPO LOPEZ,

Cava-Baja, 19.

S.L.C.
40-4

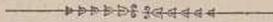


407278

21014853

S.L.C.
40-4

LA CONVERSION DE LA SAMARITANA.



HOMILIA

SOBRE EL CAPÍTULO IV DEL EVANGELIO DE S. JUAN,

PREDICADA

EN LOS EJERCICIOS DE OPOSICION Á LA CANONGIA

PENITENCIARIA DE CIUDAD-REAL

(OCTUBRE DE 1877)

POR

EL DR. D. JUAN N. MONTES DE OCA,

EXAMINADOR SINODAL DEL OBISPADO DE CANARIAS,
CABALLERO DE LA REAL, PONTIFICIA Y MILITAR
ÓRDEN DEL SANTO SEPULCRO, ETC.



Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.



R. 13349

MADRID:—1878.

IMPRENTA DE POLICARPO LOPEZ,

Cava-Baja, 19.

AL EXCMO. É ILMO. SR. D. MANUEL MARÍA DE PINEDA
DE LAS INFANTAS Y DE LA ESCALERA, CONDE DE CE-
PEDA, CABALLERO PROFESO DEL HÁBITO DE SANTIAGO,
GRAN CRUZ DE ISABEL LA CATÓLICA, MAESTRANTE
DE LA REAL DE GRANADA, GENTIL-HOMBRE DE CÁ-
MARA DE S. M. CON EJERCICIO, DECANO PRESIDENTE
DEL TRIBUNAL METROPOLITANO Y REAL CONSEJO DE
LAS ORDENES MILITARES, ETC., ETC.

EXCMO. SEÑOR:

*En los ejercicios de oposicion á la Canongia Peni-
tenciaria de la Catedral de Ciudad-Real, Coto Redondo
de las Ordenes Militares, me tocó predicar la Homilia
sobre el cap. VI del Evangelio de San Juan. Escribíla
despues conforme á los apuntes tomados en el tiempo con-
cedido para la preparacion, y memoria que conservaba
de la manera como desarrollé mis ideas y pensamien-
tos. La hora que debia durar la Homilia terminó al con-
cluir la exposicion del versículo 10 de dicho capítulo.
Con vista de los mismos apuntes y notas tomadas en-
tonces, he continuado este trabajo, para que así abrace
todo lo relativo al interesante coloquio y conversion de
la Samaritana, que es su principal argumento. Desti-
nada tenia esta humilde produccion para publicarla algun*

dia formando parte de una coleccion de Sermones; pero por complacer á mi familia y amigos, y sobre todo, por dar á V. E. cuanto antes un público testimonio del respetuoso cariño con que correspondo á la antigua amistad con que V. E. me honra, me decido á darla á luz desde luego.

Quiera V. E. aceptar este pobre obsequio, y será un nuevo titulo al afecto que le profesa su humilde amigo, servidor y Capellan.

EXCMO. SEÑOR.

B. L. M de V. E.

Juan N. Montes de Oca.

EXCMO. SEÑOR (1):

NUNCA cumple mejor el Sacerdote cristiano su mision de predicar la divina palabra que cuando, penetrado de la letra y espíritu del Evangelio, expone los maravillosos hechos que él mismo relata, comenta las palabras del Divino Maestro, ó que el Espíritu Santo pusiera en la pluma del escritor sagrado, ó razona sobre los magníficos episodios en que figura Jesus como principal protagonista; y, siguiendo las huellas de los Santos Padres y sábios expositores, instruye, reprende, exhorta á la virtud al pueblo cristiano. Y nunca está mas bien dispuesto á cumplir tan alto deber, que cuando, inflamado de la gloria de Dios y anhelante de la salud de las almas, se considera un profeta á quien, como á Isaias (cap. I), dice el Señor: *Clama, ne cesses, quasi tuba exalta vocem tuam, et anuntia populo meo scelera eorum, et domui Jacob peccata eorum*: persuadido entonces de la grandeza de su mision, sube á la cátedra de la

(1) El Excmo. é Ilmo. Sr. Dr. D. Victoriano Guisasola, Obispo-Prior del Coto Redondo.

verdad como un juez, un maestro, un padre; y si, revestido de esta triple autoridad, dirige una mirada en torno suyo, no ve sino pecadores que corregir, justos que alentar en la senda de la perfeccion, discípulos que reclaman su enseñanza, é hijos á quienes con amor debe aconsejar. ¡Pero ah, Sr. Excmo! ¿Cómo en las presentes circunstancias podré yo cumplir esta mision; cómo ha de mover mi corazon la gloria de Dios y la salud de las almas, si no puedo alejar de mi mente la idea del certámen que aquí nos reúne; que esta no es la cátedra del Espiritu Santo, sino el estadio que han venido á pisar distinguidos teólogos en busca de una recompensa, una corona que tiene mucho de mundano? ¿Cómo puedo considerarme revestido de la autoridad de tan sublime magisterio, cuando estoy viendo á V. E. I., preclara lumbrera de la Iglesia Católica, y á este cuerpo capitular que no brilla menos por su ciencia que por su virtud; cuando me encuentro frente á frente de un tribunal que atentamente escucha para apreciar en su dia mis palabras en la balanza de la justicia; cuando me parece oír una voz semejante á la del emisario del Rey Acab que me aconseja mire bien lo que digo, que procure expresarme en términos lisonjeros para conquistarme las simpatías de este ilustrado auditorio?... No, no: calle esa fatídica voz que quiere desviarme del deber: hoy, como siempre, soy sacerdote del Señor, y órgano, aunque indigno, de su palabra, y á ella responderé como Miqueas: *Vivit Dominus, quia quodcumque dixerit mihi Deus meus, hoc loquar* (II Paral., XVIII.) Vive el Señor, yo no hablaré sino lo que mi Dios me inspiráre.—He de figurarme ser otra vez el humilde Párroco que, ora en las Islas Canarias, ora en las apar-

tadas regiones de América, con estilo sencillo y hasta familiar, procuraba comunicar á sus feligreses las eternas máximas de la verdad y la virtud: ó que Dios, habiéndome concedido la dicha de meditar la historia de la Samaritana en el mismo lugar de la escena, argumento principal del cap. IV del Evangelio de S. Juan que debo exponer, me envía aquí para llamar por mi medio los pecadores á la penitencia. Es preciso, Excmo. Sr., para mi composicion de lugar, que yo prescinda de V. E. y de este sapientísimo tribunal. Es preciso, Sres., que depongais el espíritu de curiosidad que acaso os haya traído al templo en este dia; que comprendais que no asistís á unos actos literarios, sino á una funcion religiosa; que esta cátedra no es aquella (1) desde donde tantas veces habeis escuchado la divina palabra anunciada con uncion y elocuencia, y que yo, yo soy como un profeta del Señor, que solo he venido aquí á hablaros en su nombre palabras de vida eterna.

Espíritu divino, que siempre te comunicas propicio á los que de veras te invocan; ilustra mi inteligencia é inflama mi corazon, para que con el debido acierto desempeñe mi cometido: prepara el ánimo de mis oyentes, para que, como en terreno bendecido, caiga, nazca, crezca y fructifique la evangélica semilla.

Este, con ligeras variantes, es el texto del Evangelio que nos ocupa: *Hice la relacion de todo el cap. IV de San Juan.*

(1) Aludiendo al púlpito de la Iglesia.

Tres son los hechos principales que contiene el Evangelio que acabais de escuchar. 1.º Retirada de Jesus de la Judea á causa de la indignacion de los fariseos al ver la muchedumbre de discípulos que seguian á Jesus; 2.º Coloquio y conversion de la Samaritana, seguida de la de los habitantes de Sikem; y 3.º Cura milagrosa del hijo del Señor de Cafarnaum, por lo que se convierte este y toda su familia.

Como no sea posible hacer la detenida exposicion, palabra por palabra, de este largo capitulo, en el tiempo que se me concede, me ocuparé solo de los hechos, circunstancias y palabras de que fácilmente pueda deducir alguna instruccion, consejo ó saludables reflexiones para vuestro aprovechamiento espiritual.

«Luego que entendió Jesus, dice el sagrado texto, que los fariseos habian sabido que él juntaba mas discípulos y bautizaba mas que Juan... dejó la Judea y partióse otra vez á Galilea.»

Entre las varias sectas que habian surgido en el seno de la ley de Moisés, con la pretension todas de ser conformes á su espíritu, se distinguia la de los fariseos por la alta posicion de las personas que estaban al frente, por su riqueza, por la influencia que ejercian en el pueblo y consideraciones que les dispensaban los poderes públicos; pero mas todavía por la doblez de su carácter, por su hipocresía, por la exterioridad y aparato de justificacion y virtud con que ocultaban los vicios de su corazón. Por eso, cuando apareció el Bautista predicando la penitencia por las orillas del Jordan, condenaba su conducta, apostrofándoles hasta el punto de llamarlos *generacion de viboras*; y ellos se exasperaban al ver amenazado su prestigio; é inspirados por su or-

gullo y corrupcion, maquinaron el modo de acallar aquella voz poderosa y autorizada que derribaba el pedestal de su grandeza y buena fama; y lo consiguieron cuando, explotando con arte la malevolencia de Herodes contra el Bautista, porque reprendiera con valentía sus vicios, es sepultado en una cárcel de Galilea. Pero apenas habian celebrado su malhadado triunfo, y creian mas asegurado su ascendiente, aparece Jesus en la tierra de Judá predicando con mas celo, con mas autoridad y con mas éxito que su Precursor, derramando al paso beneficios en pró de los necesitados y enfermos, y obrando maravillas con que á la par confirmaba la divinidad de su mision. Hé aquí por qué si muchos seguian al Bautista, muchos mas siguen á Jesus; si muchos eran bautizados por aquel, muchos mas son los que se convierten y bautizan por este, por Jesus, que con no menos energía que Juan, increpa los vicios de los fariseos y les arranca el velo de hipocresía con que venian engañando al pueblo. Por eso pierden la tranquilidad de un dia alcanzada por su delito; por eso se turban y tiemblan ante la idea de su desprestigio; por eso maquinan y buscan el modo de librarse de Jesus, terrible enemigo de su orgullo y bienestar. No se le escapa á Jesus la agitacion de los fariseos al saber que hacia mas discipulos que el Bautista, y hasta qué extremo podia llevarles la oposicion á su doctrina y el ódio á su persona: lo sabe, no porque alguien se lo dijere, pues como Dios nada se esconde á su infinita sabiduría: lo pasado, lo presente y lo futuro, lo mismo lo público que lo secreto, lo que se hace á la luz del dia y en las tinieblas de la noche, lo mismo las acciones exteriores que los pensamientos que surgen y pasan por la imaginacion: por

eso el sagrado texto dice: *Cognovit Jesus*, conoció Jesús: para indicar que directamente como Dios, penetró con sus divinas miradas, leyó en la mente de los fariseos; y por tal motivo determinó dejar la tierra de Judá y volver á Galilea, donde no era tanto el número, ni tan poderosa la influencia farisáica, para sin tales enemigos continuar con mas facilidad y éxito su apostolado.

Esta retirada de Jesús parece una huida: cualquiera diria que tuvo miedo á la lucha, y por eso buscaba campo mas llano para su predicacion. Pero, no, señores: Jesús era Dios, y si en su omnipotencia hubiera querido serenar la tempestad de las pasiones que bullian en los pechos de los fariseos, lo hubiese conseguido con la misma facilidad que serenó un dia la tormenta desencadenada en el mar de Tibériades; y como la barca continuó entonces tranquila su ruta, hubiera Jesús seguro continuado su camino: bien pudo desafiar sus iras y burlar sus planes para perderle, á pesar de toda su pujanza. ¿No recordais que cuando en cierta ocasion fueron enviados ministros para prenderle, solo el encanto de su palabra bastó para desarmarlos, volviéndose cabizbajos á dar cuenta del cometido, diciendo: «Nunca hombre alguno habló de tal manera.» (Joan. Capitulo VII.) Cuando los rebeldes nazarenos quisieron precipitarle desde lo alto de un monte, ¿no recordais que bastó hacer brillar en su frente un destello de divinidad para que sus enemigos retrocedieran, le abriesen páso, y Jesús se retirára pacíficamente? (Luc. Cap. IV.) Y al llegar la hora de entregarse al poder de las tinieblas, ¿no recordais que solo estas palabras, *Ego sum*, bastaron para aterrar y hacer caer inertes á los sayones; y con

las mismas les devolvió su accion y poder? (Joan. Cap. XVIII). Pero Jesus-Dios no prodiga sin necesidad los milagros: son estos hechos extraordinarios á que solo apela cuando así conviene en su sabiduría y bondad; por regla general respeta las leyes del universo, y tambien la libertad individual hasta en sus caprichos, hasta en sus desórdenes. De aquí es, que si unas veces vemos obrar á Jesus como Dios, en la plenitud de su divinidad, otras, y generalmente, obra como hombre; pero como hombre dotado de virtud, sabiduría y prudencia divinas. De modo, que esta retirada de Jesus fué inspirada por la prudencia. Estaban muy irritados los fariseos al ver lo inútil de sus intrigas, de su odiosa persecucion contra el Bautista; y su irritacion se exacerbaba contra Jesus, mas temible para ellos. Jesus tenia presentes las palabras de los Proverbios (Cap. XXX) *qui provocat iras producit discordias*, y tales discordias podian destruir el fruto conseguido ya por su predicacion: era mucha la influencia que ejercian en el pueblo; y valiéndose de ella podian sembrar tanta cizaña, que sofocase la semilla naciente de su palabra. Además, otras provincias reclamaban su presencia: habia por otros lados pecadores que convertir, cuyos corazones estaban prevenidos y dispuestos á abrazar su doctrina, y allá tenia que ir, donde sin tantos obstáculos fuera glorificado el nombre de Dios con las maravillas de su palabra y milagros de su amor y omnipotencia. Por otra parte, por mas que los fariseos fueran pertinaces en su malevolencia, y previera como Dios hasta dónde les llevaria su impenitencia é iniquidad, no por eso habia renunciado á su amoroso empeño de convertirlos; y ya que, por la presente exaltacion de sus ánimos, no esta-

ban en condiciones á propósito para escuchar palabras de mansedumbre y de penitencia, era prudente alejarse, á ver si á la vuelta los encontraba mas serenos y pacíficos, y conseguia ganar al menos uno de tantos desgraciados: *omnia tempus habent et suis spatiis transeunt universa sub cœlo* (Ecles. Cap. III), todas las cosas tienen que venir oportunamente, por su orden sucesivo; no habian de precipitarse los acontecimientos: ya estaba prefijado por el Padre el dia en que habia de prevalecer contra Jesus el poder de las tinieblas; aun no habia llegado su hora; y aunque nada seria capaz de anticipar los trágicos sucesos de su pasion y muerte, atendida la actitud en que se habian colocado los fariseos, era de temer prudencialmente la inmediata prision y sacrificio de Jesus; y por eso, escuchando tambien el consejo de la prudencia, se retira el divino Maestro para desarmar las iras de los fariseos; *omnia tempus habent*. Tales fueron los distintos motivos porque Jesus calla y se retira de los campos de Judá. ¡Leccion elocuente, admirable ejemplo que en casos análogos y oportunos debemos todos imitar!

¡Ah, señores! En estas luchas constantes en que somos testigos y actores; en esta pugna entre la mentira y el error, entre el vicio y la virtud; ante esa falange de impíos que encontramos al paso, lo mismo á veces en el hogar doméstico que en la cátedra y en la tribuna; lo mismo en privado, en secreto, que, con escándalo, en público, en los libros y en la prensa periódica, los hijos de la Luz tienen tambien que guiarse, no perder de vista la virtud de la prudencia. ¡Pero, cuán fácil, cuán comun es confundir la prudencia cristiana con una falsa prudencia que aconseje una retirada, un silencio

que puede traducirse por cobarde apostasia! Ved allá un grupo de jóvenes, hijos de buenos padres, educados en el temor de Dios, y que guardan como precioso tesoro la fé de sus mayores; pero mirad cómo se acerca otro que lleva en su frente el sello de la indiferencia y el desden, se reúne con sus amigos, entabla conversacion, esta se anima por momentos: el recién llegado es quien mas habla, se mueve y gesticula; está ya en su terreno favorito, asunto religioso; pero es atacando los dogmas, ridiculizando los ritos, mofándose de la piedad del pueblo cristiano: los otros callan, á veces sonrien....., consienten, no se atreven á contradecir al que así les insulta en sus mas caras afecciones; y si luego se les reconviene porque valientes no han defendido los fueros de la verdad y la virtud, contestan que vale mas dejarlo, que no es prudente meterse en disputas con libertinos osados. Ved aquella madre de familias que disfruta del buen concepto de celosa en la cristiana educacion de sus hijas; pero que tiene la debilidad de proporcionarles recreo y pasatiempo en bailes y mundanales reuniones; aun peor, dejándose llevar del torrente de la costumbre, de la moda, les consiente formas en el vestido contrarias al decoro, á la modestia cristiana, principal ornato de las jóvenes, y toman parte en bailes que condenan también el recato y la moral evangélica; y si alguna amiga ó prudente confesor hace observaciones reprobando tal conducta, contesta: ¡Qué quiere V! Son exigencias de la sociedad en que vivimos; no puede una ponerse en pugna con lo admitido por los demás; no podemos remediar esos males; hay que conformarse con la costumbre, so pena de arros- trar el desprecio y el ridículo; no es prudente singula-

rizarse..... Mirad aquel otro, no solo honrado ciudadano, sino que tambien aparece fiel observante de los deberes religiosos; no pierde la Misa los dias festivos, cumple con los preceptos pascuales, y aun se acerca á los Santos Sacramentos algunas veces en el año; pero, ¡ay! yo le veo buscar las horas en que menos pueda ser observado, colocarse en capillas ocultas; teme que se fijen en él, no sea que luego le embromen sus amigos; y si se le advierte que no es ese proceder digno del hombre que tiene la conciencia de lo noble y santo de la accion que practica para honrar á Dios y santificarse á sí mismo, contestará que hay que evitar murmuraciones, aunque injustificadas, de parte de los impíos é indiferentes; que vale mas sepa solo Dios lo bueno que hace, que no exponerse á la censura de sus amigos; que así, dado el estado de la sociedad, lo aconseja la prudencia..... ¿Y todo esto se llama prudencia.....? Pues ¡maldita prudencia que aconseja al hombre renegar de su Dios, que lleva al cristiano hasta la apostasia! El que me niega ante los hombres, dice Jesus (Mat. Cap. X), será negado por mí ante mi Padre celestial. Nunca, señores, debemos mostrarnos mas amantes y decididos discípulos de Jesus y su doctrina, nunca confesarle con mas resolucion, que en épocas como la presente en que es negado y combatido con escándalo é impiedad. Bien dijo Cristo que los hijos del siglo son mas prudentes que los hijos de la Luz. La mentira, con malhadado valor y constancia, hace en todos los tonos su propaganda; y ¿no se le han de oponer los acentos de la verdad, ni aun con el mudo, pero elocuente lenguaje del ejemplo? El vicio se pasea engalanado y con su frente erguida; ¿y la virtud ha de ocultar su faz, vivir de un modo vergonzante y

como fugitiva en el campo mismo que siembra y fecundiza el gran Padre de familias? Pero continuemos la exposicion del Evángelio. Efectúa Jesus su viaje; llega á una ciudad de Samaria, y descansa en una heredad inmediata, la misma que Jacob habia dado á su hijo José, donde habia un pozo ó fuente; y dice el sagrado texto: «*Jesus ergo, fatigatus ex itinere, sedebat sic supra fontem*, y Jesus fatigado del camino estaba sentado, así, junto á la fuente.» *Fatigado*, porque Jesus hizo su viaje á pié, y habiendo aceptado como hombre la debilidad y flaqueza de la humana condicion, no es extraño se encontrase rendido y cansado al término de tan largo camino, y mas, siendo la hora del medio dia. Si hubiese querido, hubiera hecho descender una nube que sin molestia ni cansancio trasportara á él y á los suyos. ¿No trasportó un ángel (Dan. Cap. XIV) á Habacuc desde la Judea á Babilonia para que allí socorriese á Daniel, detenido en el lago de los leones? El diácono Felipe desde el camino de Gaza, ¿no se vió trasladado sin saber cómo á Azoto, despues de regenerar con las aguas del bautismo al eunuco de la Reina de Candaces? (Act. Cap. VIII). Pudo pedir á cualquiera una cabalgadura, bastando indicar que la necesitaba, como cuando quiso hacer su entrada triunfal en Jerusalem. (Mat. Capitulo XXI): pero no, señores, quiso fatigarse, para así aumentar á nuestra vista el mérito de su celo, para mejor significarnos su amorosa solicitud por el bien de nuestras almas, que tanto valen, puesto que por ellas tantos trabajos se toma Jesus. ¡Oh, duros corazones, que contemplais impasibles las fatigas con que os busca el divino Redentor!

Sedebat sic, dice el Evangelista; estaba sentado así.

Sic: hé aquí un adverbio que merece nuestro exámen y meditacion. Como todos los hechos y circunstancias de las operaciones de Jesus encierran algun misterio, alguna instruccion para nosotros, no es extraño que, estudiando los SS. PP. y expositores bíblicos el suceso que nos ocupa, hayan tratado de desentrañar el significado genuino de aquella palabra. Segun la primera interpretacion que dan al adverbio *sic*, el Evangelista quiso significar que Jesus estaba sentado con indiferencia, así, de cualquier modo; que al sentarse no escogió alguna piedra mas á propósito, no buscó la comodidad. Necesitaba descansar, y por eso se sentó: no buscaba regalo ni comodidad, y por eso se sentó así. Jesus es el espejo en que continuamente debe mirarse el cristiano: su vida es el perfecto ejemplar á que hemos de ajustar la nuestra; hasta en los incidentes que parecen mas insignificantes, tenemos mucho que aprender y que imitar. Ved, pues, cómo nos enseña Jesus á servirnos de las cosas presentes en la manera que, segun el texto evangélico, estaba sentado; desprendido el corazon, con indiferencia, *sic*. Nuestra vida, señores, es el viaje que penosamente se hace por valles y montes quebrados; es la navegacion por un mar casi siempre agitado y proceloso, llevando además en nosotros mismos el gérmen de mil trabajos é incomodidades: á cada paso necesitamos de descanso, alivio, solaz: el asiento es el descanso que reclaman nuestros miembros fatigados; el recreo es el descanso de la imaginacion preocupada por el estudio ú otros cuidados; y el sueño es el descanso simultáneo de las agitaciones del espíritu y del cuerpo. ¡Qué contraste, señores! Mientras Jesus busca el descanso preciso, mirando solo al hecho de descansar, pres-

endiendo de las circunstancias que pudieran hacer mas grato su descanso, el hombre busca mas bien el goce, ó lo busca á la par que la satisfaccion de una necesidad: todo lo convierte en objeto de su concupiscencia, en todo busca el deleite, el halago de los sentidos: mullidos lechos, cómodas y lujosas sillas y sofás, manjares regalados, juegos y diversiones contrarias á la moral.

No creais, señores, que yo intente condenar esas diferencias que existen en el modo de ser de las distintas clases sociales, queriendo establecer una modesta igualdad entre la casa del pobre y la del rico. Es una ley eterna que siempre habrá, como siempre ha habido pobres y ricos, y es consiguiente que las familias, como los individuos, se rodeen de mas ó menos comodidades con arreglo á su fortuna. La prudencia cristiana dicta no condenar de un modo absoluto la manifestacion del lujo en todos sentidos, que revela el desarrollo de la industria y de las artes en los pueblos que progresan; pero debiendo ser el rico pobre de corazon, estando desprendido del amor á los bienes temporales, tratando de asegurar con su buen uso los otros bienes eternos que no roba el ladron ni consume la polilla; debiendo hacerse los nobles y grandes como pequeñuelos para poder entrar en el reino de los cielos, y los sábios como humildes ignorantes, preciándose sobre todo de conocer á Dios y servirle; podemos, y debemos todos usar de los regalos y comodidades de la respectiva posicion, *sic*, así, con indiferencia, y hasta lamentando como una triste necesidad, como una ineludible exigencia de la época, el mas ó menos lujo y regalo que nos rodea. Que descanse, que duerma en buen hora el rico en blandos colchones, burlando con comfortable abrigo los rigores

de la estacion; pero no se olvide del pobre que acaso no tiene sobre qué reclinar su cabeza, y que para ambos es el sueño imagen de la muerte, del que á veces se despierta en la eternidad: que cubra su mesa con variados platos y licores; pero no se olvide del que á su puerta pide un pedazo de pan, no se olvide de tantos á quienes el sudor de su frente no basta para satisfacer el hambre de su familia; no busque, pues, en la mesa, el deleite del paladar, sino la satisfaccion de una necesidad de la flaca naturaleza á que están sujetos todos sin distincion; descansen en ricos estrados cubiertos de alfombra y sedería, si así lo exige su rango, pero limite cuanto sea posible ese lujo, acordándose del desgraciado que en su humilde choza está rodeado de privaciones, y con corazon generoso haga á otros participes de sus comodidades: descansen, descansen con algun pasatiempo y recreo de las agitaciones de su espíritu, pero no convierta el recreo en nuevo campo de luchas, en una especulacion, en un negocio en que al fin todos salen perdiendo: lejos, lejos ese juego que las mismas leyes civiles sábiamente condenan como ruina de la fortuna, perturbador de la paz de las familias y contrario á la moralidad del trabajo. Todos en esta azarosa vida necesitamos descansar física ó moralmente con el uso de las cosas que están á nuestro alcance; pero descánsese de manera que no se dé pábulo á la molicie, la vanidad, la ambicion y demás viles pasiones: úsese de todo con santa indiferencia, con el corazon elevado, desprendido de todas las cosas de la tierra. Por eso dice el Apóstol San Pablo á los corintios (c. 1): *Qui habent uxores tamquam non habentes sint; et qui flent, tamquam non flentes; et qui gaudent, tamquam non gaudentes; et qui emunt,*

tamquam non possidentes; et qui utuntur hoc mundo, tamquam non utantur: los que tienen esposas, como si no las tuviesen; los que lloran, como si no llorasen; los que se regocijan, como si no se alegrasen; los que compran, como si nada poseyesen; por último, los que usan de las cosas de este mundo, como si no usasen.

Estando así sentado Jesus, llegó una mujer samaritana á buscar agua, y Jesus la dice: «Dáme de beber.» Era la hora de sexta, y no es estraño que despues de las fatigas de tan largo camino y en horas de calor, tuviese Jesus sed; pero otra sed le devoraba con mayor intensidad, sed á cuyo impulso lanzara su primer suspiro en el establo, y que fué en la cruz su último tormento; sed permanente, insaciable, producida por el fuego de la divina caridad que inflamaba su pecho; sed que no se apaga con agua, sino con las lágrimas de los pecadores arrepentidos; sed que un tanto se mitigó en Belén con la adoracion de los pastores y magos del Oriente, y en el Gólgota con la conversion del buen ladron, y que ahora significa en su anhelo el ganarse aquella mujer pecadora: por eso dice San Agustin: *Ille qui bibere querebat, fidem mulieris sitiebat;* aquel que queria beber, tenia sed de la fé de la mujer; por eso, á pesar de la minuciosidad con que el Evangelio refiere la entrevista y coloquio de Jesus con la Samaritana, no se lee que llegase á beber; antes bien, cuando regresaron los apóstoles despues de la conversion de la Samaritana, y le invitaron á comer, se expresó con ellos como si no tuviese ni hambre ni sed, y, como sorprendidos, no entendieran á qué alimento aludia, se explica diciendo: «Mi comida es hacer la voluntad del que me envió, para dar cumplimiento á su obra.» La expresion de aquella necesidad

natural sirve á Jesus para entrar en conversacion con la Samaritana; es el primer llamamiento que dirige á aquella oveja descarriada, el primer paso para traerla á su redil: *Da mihi bibere*. La Samaritana no responde directamente á la demanda de Jesus; expone el abismo que media entre los judíos y samaritanos: las diferencias religiosas y de nacionalidad de tal manera los divide, tal es el ódio con que se miran los unos á los otros, que no es lícito tratarse familiarmente; por eso observa y pregunta la mujer: ¿Cómo siendo tú judío me pides de beber á mí que soy samaritana? Estas palabras encerraban una negativa, una repulsa: es la actitud del pecador que rechaza los primeros avisos de la Gracia. Pero Jesus no se desanima por eso; da otro paso descubriendo ya el principal motivo de su sed, el fin sobrenatural que se propone: «Si conocieras, le dice, el don de Dios, y quién es el que te dice dáme de beber, tú quizá le pedirias que te diese agua viva.» Así se duele Jesus de la ceguedad, de la ignorancia de aquella mujer; así le indica la grandeza de los bienes celestiales de que el mismo es manantial, tesoro escondido, estableciendo así cierta similitud con el caudal de agua que encierra el pozo de Jacob; así le manifiesta su misteriosa sed, el ferviente anhelo de darle de su agua, mas que aceptar la que ella pudiera ofrecerle.

Pecadores que me escuchais: *Multifariam multis que modis*, como dice el Apóstol, llega hasta vosotros la palabra de Dios, y al reclamar vuestros corazones parece que dice: *Da mihi bibere*: este es el fin, este el resumen de toda predicacion; y por esto, tambien yo puedo decir, *da mihi bibere*. Penetrado de la mision de ministro del Evangelio, siento tambien la misteriosa sed de

conquistar vuestras almas para Dios. Es verdad que nada hay de comun entre vosotros y yo, que, aunque indigno, represento á Jesus; y por eso, semejantes á la Samaritana, prescindís del llamamiento, invocando el abismo que separa las máximas que imperan entre vosotros de las máximas del Evangelio que se os proponen: allá se tiene por ley el orgullo, y aquí la humildad; allá la ambicion, y aquí el desprendimiento; allá lisongear las pasiones, y aquí combatirlas, acallarlas, someterlas al espíritu; allá no se mira sino lo presente, y aquí lo porvenir, y si lo presente, solo con relacion á lo porvenir; allá la tierra, y aquí el cielo. Ese torbellino de las cosas mundanales forma una nube que os impide conocer el esplendor de la verdad, y con Jesus lamento vuestra ceguedad, y con un triste suspiro, repito: *¡Si scires donum Dei!* ¡Oh si conocieras el don de Dios! ¡Si supieras el tesoro de gracias y consuelos, la dulce paz é inefable dicha que se experimenta bajo el imperio de Cristo; si levantándoos de esas tinieblas y sombras de la muerte, reflejaran en vosotros las irradiaciones del divino Sol de Justicia; si estimárais en su justo precio lo que vale el mundo y lo que vale Dios, serian inútiles las pruebas, las reflexiones mas elocuentes, los llamamientos mas poderosos; porque espontáneamente os apresuraríais á buscarlo! ¡Si conociérais el don de Dios, y quién es el que os dice, *da mihi bibere*; que acaso sea yo el destinado por la amorosa providencia para llamaros á la conversion; venido no mas que para dirigiros sus últimos llamamientos; que acaso sea esta la hora decisiva, para vosotros, de vida ó muerte para vuestras almas; que acaso el Señor, cansado de esperaros, os llama por última vez; *Si scires donum Dei*, caeríais de rodillas, pi-

diendo esa agua viva que Jesus ofreciera á la Samaritana, clamando arrepentidos, misericordia... perdon!

Aquí concluyó la hora que habia de durar la homilia. Conforme al croquis preparado previamente, continuó la exposicion del mismo capitulo hasta el v. 28 en que aparece convertida la Samaritana.

Pero la mujer no comprende el misterio de las palabras de Jesus, y cual si el divino Maestro tratase de darle de la misma agua que ella indirectamente le negaba, replica: «Señor, el pozo es profundo y no tienes con que sacarla; ¿dónde está, pues, esa agua viva?» No ha entendido á Jesus; pero instintivamente, ó mas bien, un secreto impulso la mueve á descubrir su sentido, haciendo la fútil objecion de si seria él mas poderoso que el padre Jacob que fabricó aquel pozo para si, sus hijos y sus ganados. Jesus, continuando en el sentido místico que dicra á sus primeras palabras, y prescindiendo del literal que usaba la mujer, le responde: «Todo el que bebe de esa agua, volverá á tener sed; pero el que bebiere del agua que yo le daré, nunca mas tendrá sed; porque el agua que yo he de dar, vendrá á ser en él como manantial de agua que manará hasta la vida eterna.»

¿Qué agua es esta de virtud tan maravillosa que quita para siempre la sed, y que, inundado el corazon, le convierte en nueva fuente que bulle y brota sin cesar, y con tal fuerza que su rocío llega hasta el cielo? Es un agua mística que apaga la sed del alma, la sed del entendimiento, la sed del corazon. Separado el hombre de su Dios, es juguete constante de sus deseos y pasiones:

en la aspiracion innata de ser feliz, busca su dicha en todo lo que le rodea, apurando ansioso la copa de variados placeres, que, lejos de satisfacerle, avivan mas y mas su sed, verificándose la exclamacion de San Agustin: *Fecisti nos ad te, et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te.* Pues hé aquí la sed que apaga y quita completamente el agua sobrenatural ofrecida por Jesus: es el tesoro de su doctrina, que, compenetrando el espíritu, se manifiesta al exterior en el aspecto, modales, palabras y operaciones de rectitud y santidad, que nos abren las puertas del reino de los cielos: es la semilla de su palabra que germina en nosotros, y crece lozana rindiendo frutos de vida eterna: es el raudal de gracias del piélago inmenso de la divinidad, que, así como el agua del mar filtrándose por la tierra forma las fuentes y vuelve al mismo mar, así se infiltra en la tierra de nuestro corazon, le vivifica y regenera elevándolo hasta Dios, y uniéndole á él con el vínculo estrecho de su caridad; de suerte que estando en la tierra, se puede decir que se vive en el cielo. ¡Qué contraste, señores, entre los que viven atormentados por la sed de las cosas de la tierra, y los que han matado su sed con la misteriosa agua del cielo! Así lo observa el Apóstol escribiendo á los filipenses (cap. III): «los que gustan y se alimentan de cosas terrenas, están aferrados á ellas: hacen gala de lo mismo que es su confusion; su Dios es su vientre, y su fin es la perdicion: *nostra autem conversatio in cælis est*; pero nosotros, dice el mismo, vivimos como ciudadanos del Cielo, de donde aguardamos al divino Salvador que trasformará nuestro vil cuerpo, haciéndole conforme al suyo, glorioso.» Por eso la Iglesia continuamente invita á sus hijos á animarse de

tales sentimientos, con estas palabras, *Sursum corda*, arriba, arriba los corazones. ¡Ah! ¡Sea siempre una verdad lo que se responde, *habemus ad Dominum*, los tenemos en el Señor!

La mujer, aunque dominada todavía por el espíritu carnal y terreno, se siente llevada á Jesús por una secreta simpatía: en presencia de las molestias que la causa tener que venir á buscar agua á aquel pozo, suspira por la otra agua, cuya estraña virtud ha escuchado con sorpresa: no se detiene á pensar si puede haber un agua que, tomada una vez, supla para siempre á todas las necesidades de la vida: no considera que tal agua no es conocida, y menos en aquellos alrededores; pero siente y piensa que Jesús es capaz de proporcionarla por maravillosa y sobrenatural que sea. ¡Dichosa alma en quien entran ya los primeros albores de la fé! ¡Dichosa alma, que tan propicia recibe el primer rocío de la gracia! Ya cree en el poder divino, y le pide por tanto que le dé de aquella agua para no tener mas sed.

Jesús, antes de revelar los misterios de su palabra; antes de completar la obra de la justificación de aquella pecadora, la dice: *Vade, voca virum tuum, et veni huc*, «anda, llama á tu marido, y vuelve aquí;» venid los dos. Al oír nombrar por marido al hombre con quien malamente vive, el rubor cubre su frente, las miradas de Jesús la hacen bajar las suyas: le ama, respeta y teme sin saber por qué; y humildemente confiesa que no es su marido, que no está casada. «Ya lo sé, le contesta Jesús: sé que has tenido cinco maridos, y que el hombre con quien al presente vives, no lo es.» Quizá la mujer con curiosidad impaciente por conocer el agua peregrina que le ha sido prometida; ansiosa por experimentar

cuanto antes sus maravillosos efectos, no quiere la demora consiguiente al mandato de Jesus, sino recibir en seguida, en el acto, el beneficio, y por eso se excusa y querria engañar á Jesus, dando á entender que era sola é independiente.

Parece, señores, que el objeto del divino Maestro al intimarle llamar á su marido, á aquella mujer completamente extraña y desconocida, de quien en lo humano no tenia noticia alguna, á quien hablaba por primera vez, fuera para tener ocasion de manifestarla lo que solo sabia y podia saber como Dios, y darla así una prueba de su divinidad. Tambien al revelarla su mal género de vida querria reprocharla amorosamente su pecado y disponerla á la penitencia. Pero, sin perjuicio de este doble fin, otro mas trascendental sin duda se propuso Jesus al encargar á la Samaritana que llamase á su marido; como entienden San Juan Crisóstomo, Teofilacto, Natal-Alejandro y otros sábios expositores; y es, que siendo el marido cabeza de la mujer, no era conveniente recibiese un beneficio sin conocimiento, sin participacion de su esposo: siendo los dos una conjunta persona, necesario es que los dos sean compañeros igualmente de los beneficios divinos. El matrimonio es una sociedad establecida entre el marido y la mujer, es la mas perfecta de las sociedades, directamente ordenada, bendecida y sancionada por Dios. Muchas son y variadas las sociedades ó contratos que los hombres forman solo con un fin humano y temporal; y algunas, solo con un fin divino y eterno, como son las comunidades ó institutos religiosos; pero la sociedad conyugal abraza los dos extremos. En las unas asocian los hombres sus fuerzas físicas é intelectuales, por humana conveniencia; y

como para nada se tienen en vista los intereses del alma, se pueden clasificar de sociedad de cuerpos: en las otras asocian las personas su vocacion, sus inclinaciones, sus deseos de santidad, para así unidos, subir con mas facilidad á la cima de la perfeccion, al cielo; y como los cuerpos solo entran de un modo secundario para coadyuvar al mismo fin, puede decirse que es solo sociedad de almas. Bajo tal concepto, en estas como en aquellas, entran los individuos con medio SER: solo en el matrimonio entran por completo, con alma y cuerpo, y se tiende á un doble fin, lo material y lo espiritual, lo temporal y lo eterno; por eso fué elevado á la dignidad de sacramento, para que, con el auxilio de las gracias especiales que al contraerlo dignamente se reciben, pueda alcanzarse el doble fin de su instituto: compañeros son en los trabajos y compañeros son en los goces; juntos llevan la cruz con sus penas y consuelos; y teniendo fijos los ojos en el cielo, siguen á la par el mismo camino para obtener en su dia la misma recompensa, la misma corona. Tal es el matrimonio cristiano; union de los cuerpos y de las almas con los mismos sentimientos, los mismos deseos, las mismas aspiraciones. Pero, ¡ah señores! ¿Qué es lo que observamos al escudriñar la vida íntima de muchos matrimonios del dia? Vivirán bajo el mismo techo, aparecerán en público como buenos amigos, marcharán de acuerdo en lo relativo á lo temporal y terreno; pero tratándose de lo espiritual y eterno, cada uno va por su lado: matrimonios son estos de simple conveniencia, matrimonios de vil especulacion, matrimonios paganos. ¡Felices tiempos aquellos en que reunidas las familias al caer de la tarde, el cabeza de casa pasaba el rosario en coro con su

esposa é hijos, descansando de las fatigas del trabajo del dia con la santa ocupacion de ayudar á la esposa en la cristiana educacion de la familia! ¡Felices tiempos en que lo mismo se veian juntos á los esposos en visitas y honestos recreos, que en el templo, en los ejercicios religiosos; juntos en Misa; juntos acercándose á los sacramentos, ó alternativamente acompañando á los hijos! Hé aquí por qué Jesus, cuyas palabras son eternas, y aunque dirigidas segun las circunstancias á una sola persona, mas ó menos tienen aplicacion literal ó mística en casos análogos en todos los tiempos, al mandar á la Samaritana que llamase á su marido, para dispensarle entonces el beneficio de su agua salvadora, tuvo en vista lo que pasaba, lo que habia de pasar, lo que pasa entre muchos esposos que se olvidan del fin sobrenatural del matrimonio. El eco poderoso de aquella su palabra resuena á través de los siglos, llega á los oidos de las esposas del dia, que parecen resignadas á caminar solas por la senda del cielo, indiferentes á la suerte futura de sus esposos; y para que no tengan excusa, y esas palabras penetren en el corazon, hace que sus ministros las reproduzcan de cuando en cuando. Esposa cristiana que vienes al templo buscando aquí la fuente de agua viva que quita para siempre la sed, *voca virum tuum*, anda, llama á tu marido, pues este beneficio no es exclusivo para tí; no es justo que mientras tú te enriqueces con esos tesoros, tu marido quede en la indigencia: yo te veo, animada de ese espíritu de devocion que caracteriza á la mujer, saborear las santas delicias que se encuentran en las prácticas piadosas, *voca virum tuum*; comunica ese mismo espíritu á tu esposo, para que sea tambien participe de esos consuelos;

yo te veo, y te alabo, cuando te acercas á regenerarte con el agua del laborioso bautismo de la penitencia, y luego recibir el pan de vida de la Eucaristía, anda, llama, que venga tambien tu marido, *voca virum tuum*; no es justo que mientras tú te santificas, él permanezca en el pecado; que tú vivas la vida de la luz y de la gracia, y él quede en las tinieblas y sombras de la muerte; no es justo, no debe ser, que tú te salves, y él se condene; *voca virum tuum*. Ya adivino, ya sé todo lo que puedes decir para excusar ese divorcio espiritual, que acaso tú misma lamentas; pero tambien sé que San Pablo ha dicho (I Cor. VII): *Sanctificatus est, enim, vir infidelis per mulierem fidelem*, «el marido infiel se ha santificado por medio de la mujer fiel;» ó sea, la mujer buena cristiana hace buen cristiano á su marido ¡Ah! ¡Son tantos los medios que están á su alcance, tantos los recursos que encuentra una esposa piadosa y prudente, tantos los resortes que puede tocar para ganarse para Dios á su marido extraviado, que puede mas que los taumaturgos con sus milagros, los apóstoles con su celo, y que los oradores cristianos con toda su elocuencia y unción!

Pero continuemos la exposicion del Evangelio. Cuando la mujer escuchó la revelacion de su vida pasada, quedó confundida; y comprendiendo que solo Dios, ó un hombre inspirado por Dios, podia conocer tales pormenores, exclamó: «Señor, veo que eres profeta; nuestros padres adoraron á Dios en este monte, y vosotros los judíos decís que en Jerusalem está el lugar donde se debe orar.» Dos partes contiene la contestacion de la Samaritana: en la primera confiesa implícitamente la divinidad de Jesus, ó al menos y explícitamente, su divina

mision; y la otra es una pregunta relativa al culto: pregunta extraña al coloquio habido, y hasta extemporánea si se quiere; pues confesado su pecado, reconocido en Jesus el carácter de enviado de Dios, de un profeta, lo que parece procedia era renovar con lágrimas la confesion de su mala vida para merecer misericordia y perdon; prescindir de una pregunta ya clara y terminantemente contestada en la Ley, que prohibia todo sacrificio, todo culto público que no fuera en el lugar destinado por Dios; antes en el Tabernáculo, y despues en el templo de Jerusalem. Pero bien puede ser disculpada, pues su duda ó error tenia el apoyo del ejemplo de sus antepasados, la autoridad de los siglos; y yo creo que, mas bien que eludir y despreciar la reprension que encerraban las palabras precedentes de Jesus, la acepta humilde, y reconociendo su divina autoridad, somete al juicio de Jesus una cuestion de alta importancia entre los israelitas. No: así no pueden ser disculpados muchos cristianos del dia que al llamárseles á la senda de la virtud, al reconvenirseles por su vida de pecado, inculcándoles la necesidad de convertirse á Dios de corazon, tales argumentos se les ofrecen, tan eficaces son las reflexiones que se les hacen, que no encuentran nada á propósito que contestar en justificacion de su impenitencia; pero como tampoco se resuelven, á pesar de todo, á sacudir el yugo de la esclavitud del pecado, tratan de eludir la cuestion vital, y abandonando el terreno en que se ven vencidos, cambian de argumento, improvisan preguntas, suscitan vanas dificultades contra algun dogma ó rito del culto. Al menos en la Samaritana yo me complazco en reconocer su buena fé al hacer aquella pregunta; y sin duda por eso Jesus en su bondad se dig-

na contestar, dándole una sábia leccion sobre la manera de dar culto á Dios, que no es menos útil é importante para todos. «Mujer, le dice, créeme á mí, ya llega el tiempo en que ni *precisamente* en este monte, ni en Jerusalem adorareis al Padre, *sino en cualquier lugar...* Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad: porque tales son los adoradores que el Padre busca. Dios es Espíritu y la *misma verdad*, y por *lo mismo*, los que le adoran en espíritu y verdad deben adorarle.» *Venit hora, et nunc est, quando veri adoratores adorabunt Patrem in spiritu et veritate.*

Dios en la Antigua Ley habia señalado un solo lugar para recibir los homenajes de su pueblo; un solo templo, para mejor significar la unidad divina á aquel pueblo inclinado á la idolatría y rodeado de naciones politeistas. El culto que habia prescrito era, por decirlo asi, material, exterior, se reducía á variedad de sacrificios, víctimas y ceremonias que demostraban la variedad de relaciones que tiene el hombre con Dios, los distintos motivos y conceptos por que se acerca á su trono para adorarle, rendirle gracias por los beneficios recibidos, aplacar su justa indignacion por el pecado, volverle propicio é impetrar nuevos favores de su inagotable clemencia. Todos aquellos ritos y sacrificios no eran mas que una sombra y figura que habian de tener su realizacion y verdad en la Nueva Ley; todo tenia que desaparecer para dar lugar al sacrificio de la víctima purísima, única ya aceptable, y que, conforme á la profecía de Malaquías (cap. I), desde el Oriente hasta el Ocaso sería ofrecida en todas partes: ya no es solo en Jerusalem ó en el monte Garitzin; donde quiera que

haya verdaderos creyentes, allí se levantará el altar en que se ofrezca la víctima inmaculada de precio infinito; y todos ofrecerán este sacrificio con el corazón, con el alma, con el espíritu: no mas ofrendas de terneras ó palomas, de ovejas ó corderos: es el corazón contrito y humillado, según dice el Real Profeta, lo que Dios no desprecia; son las afecciones del espíritu las que han de elevarse al cielo y ponernos en comunicación con Dios, Espíritu y Verdad que solo conocen los discípulos de Jesús que permanecen en su palabra, que es verdad sublime, verdad práctica de vida y de salud. Pero, así como en la Antigua Ley no se excluía el culto interno, tampoco en la Nueva se escluye el externo: entonces predominaban las exterioridades, y como aquel pueblo era de espíritu carnal y terreno, hacia consistir el culto en ritos externos, adulterados además con supersticiones y errores aprendidos del paganismo; tales ideas y sentimientos son los que Jesús condena, recordando que Dios es Espíritu, y que por eso conviene se le adore en espíritu y verdad. No podía proscribir el culto externo: solo mandó que fuera verdadero, sincero y recto, sin excluir los actos corpóreos, las ceremonias y ritos eclesiásticos, pues sin ellos es imposible rendir á Dios de un modo digno y decente el culto público; no podía condenar las demostraciones externas, como la genuflexion, oracion vocal, cantos, ceremonias con que se administran los sacramentos; reprueba, sí, los actos meramente exteriores, las ceremonias y sacrificios judáicos, que no eran sino sombra y figura de las cosas espirituales, y que por su naturaleza no procedian del espíritu interior, y que raramente se asociaban á los afectos del alma; de lo que se quejó el Señor por su profeta, diciendo: «Este

pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí.» (Isaías. Cap. XXIX.) Hay, pues, que adorar á Dios de verdad, con fé, con esperanza, con caridad. Por eso, y á ese propósito, observa Teolilacto: *Multi videntur adorare in anima, non tamen rectam habent scientiam, sicut hæretici; adeo additur, et in veritate:* muchos se figuran que adoran á Dios en el alma; pero no tienen recta idea del culto, como los herejes; por lo cual se añade, *y en verdad.*

Oido esto, dice la mujer: «Sé que está por venir el Mesias; cuando venga, él nos lo declarará todo;» y Jesus le responde: «Ese soy yo, que hablo contigo....» Entonces la mujer, dejando allí su cántaro, se fué á la ciudad, diciendo á la gente: «Venid y vereis un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿Será quizá este el Cristo?»

Ved ya, señores, completa la obra de la conversion de la Samaritana. Poco á poco ha ido Jesus insinuándose en su corazón; la ha ido comunicando sus gracias, que la ganan y trasforman; por grados la va revelando el misterio de su divinidad; la instruye en las principales verdades, y por último, la dice clara y sencillamente: *Ego sum qui loquor tecum.* Yo, yo soy ese Cristo que esperas; yo soy el Mesias prometido, que vengo para la salvacion del mundo; el Unigénito del Padre; yo, que hablo contigo. Pobre mujer del pueblo, formada en la ignorancia y en las preocupaciones, y de costumbres corrompidas, Jesus se digna revelarla sus mas grandes arcanos, y ella, dócil, le escucha, y abraza enseguida la verdad vivificadora. Era inmunda, y vedla ya purificada y limpia; era ignorante, y ya posee la verdadera sabiduría; era pobre, y está ya colmada de inefables te-

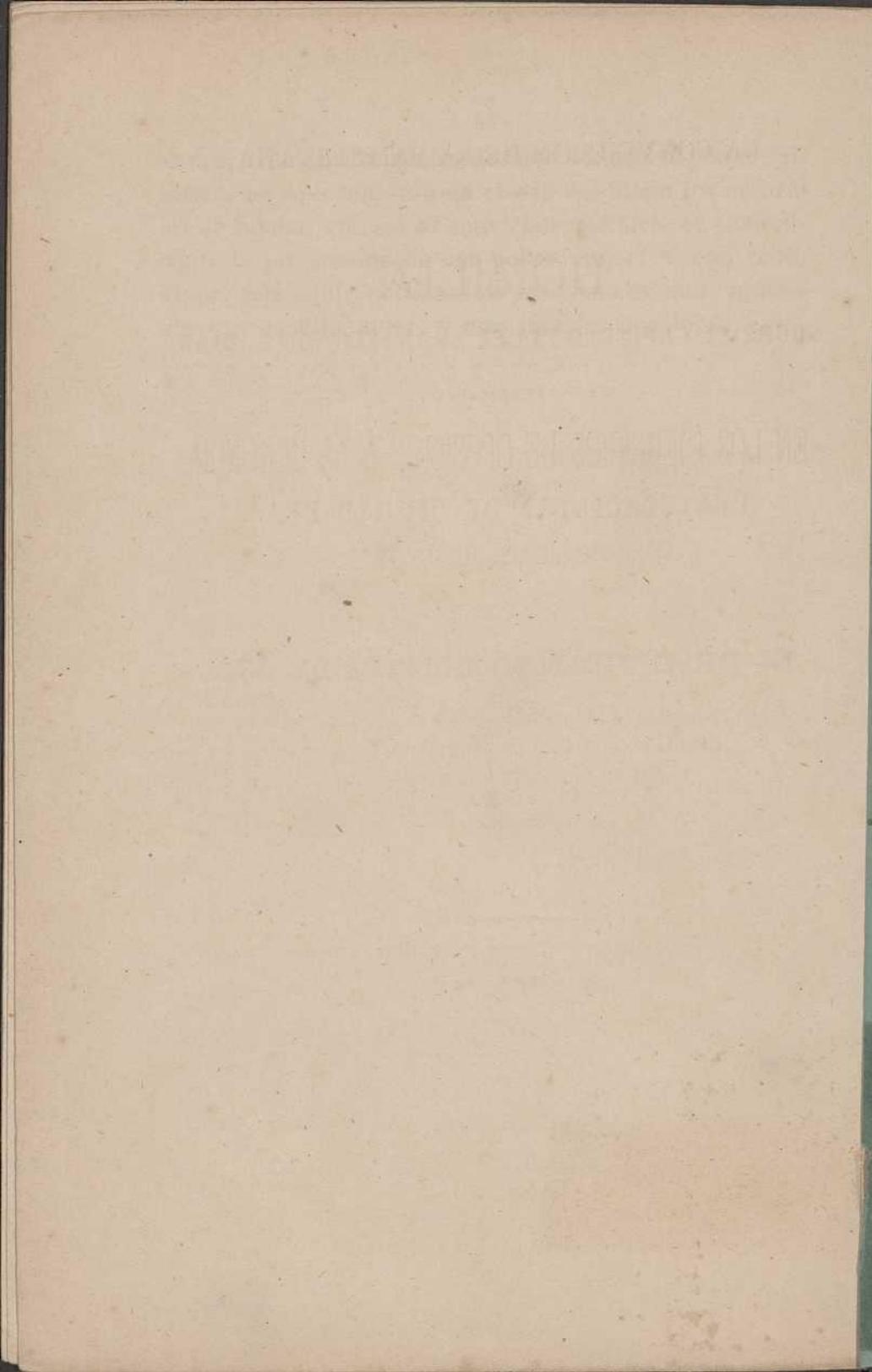
soros; no se ocupaba sino de las cosas de la tierra, y ved cómo ya no piensa sino en las del cielo: no tiene mas que su cántaro, y le deja, le abandona, y corre á dar la buena nueva á sus conciudadanos. Los raudales de la divina gracia han penetrado su corazon terreno, convirtiéndole en una fuente de agua viva que salta á la vida eterna: no se queda oculta aquella agua misteriosa; se manifiesta al exterior; en su semblante se descubre el contento y dicha de su alma; brota por sus labios para cantar las glorias de Jesus, y, cual un apóstol, lo predica á su pueblo. Ya no siente la sed que la obligara á bajar al pozo de Jacob, sino otra sed sobrenatural parecida á la de Jesus, hija de la verdadera caridad; sed de nuevos corazones que deponer á los pies de Jesus; sed que solo se mitiga al ver cuántos y cuántos de Sikkem se convierten y creen en Jesus, solo por lo que ella les cuenta y les dice. ¡Oh, nobles corazones, que así os rendís á la voz de una pobre é ignorante mujer! No exigiis ni milagros, ni elocuentes discursos, ni sólidos razonamientos para abrazar la verdad: la buscais, la deseais de buena fé, se os anuncia, y propicios la recibís; y ya en vuestra inteligencia se desvanecen las sombras del error, y vuestros corazones se vivifican con esa agua misteriosa que quita para siempre la sed.

Lamentando Jesus en cierta ocasion la obstinada resistencia que oponian á su palabra los escribas y fariseos, decia: «Los naturales de Nínive se levantarán el dia del juicio contra esta raza de hombres, y la condenarán; por cuanto ellos hicieron penitencia á la predicacion de Jonás; y con todo, el que está aquí es mas que Jonás.» (Mat. Cap. XII). ¡Con cuánto mas motivo, para vergüenza y condenacion de los que hoy, diciéndose cris-

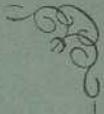
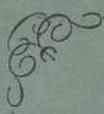
tianos, rechazan la palabra de Dios anunciada por su ministro, no se levantarán en el día del juicio los naturales de Sikem, que así se convirtieron é hicieron penitencia á la predicacion de una pobre mujer? Y con todo, el que está aquí, el Sacerdote cristiano es mas, mucho mas que aquella mujer; y mas tambien que Jonás. . . .

.....

rados, e incluso la palabra de Dios sujeta a por su
 mismo, no se levantaba en el día del juicio de natura
 ra de Dios, pero tal es el carácter de Dios en su
 ser a la perfección de que goza suferir y con todo
 el que este espíritu de Dios es un espíritu
 mas que de ella sufre, y mas también que de ella







S
caja

